

Propaganda y nuevo orden mundial. La información y la guerra en la nueva doctrina de seguridad pública

DR. FRANCISCO SIERRA
Universidad de Sevilla

«Por muy críticas que sean la situación y las circunstancias en que os encontréis, no desesperéis. En las ocasiones en las que cabe temer de todo, es preciso no temer nada; cuando se está rodeado de todos los peligros, no hay que dejarse intimidar por ninguno; cuando se está sin ningún recurso, hay que contar con todos los recursos; cuando se ha sido sorprendido, hay que sorprender al enemigo.»

SUN TSE, *El arte de la guerra*.

Si en los años setenta se establece la doctrina de la seguridad nacional como principio rector de las comunicaciones internacionales, en esta última década el sistema global de vigilancia político-militar ha iniciado una renovación y perfeccionamiento de la tradicional teoría de defensa estratégica, basada en el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, para perfilar la fuerza y la acción bélica del siglo XXI, de acuerdo a las características de lo que algunos de los principales pensadores del Pentágono denominan «guerra digital». La concepción cibernética, la logística y la ingeniería armamentista basada en la computación, los sistemas de información en línea y la inteligencia artificial prefiguran hoy una teoría y una práctica castrense dirigida por un modelo holístico de análisis de la cultura y la comunicación como sistemas de dominio y reproducción del poder y una visión globalizada del Nuevo Orden Mundial en la que la estrategia militar ha reorientado sus esfuerzos hacia el desarrollo y control de los sistemas de información y las telecomunicaciones, con el objetivo de evitar futuribles desórdenes, movimientos de subversión y acciones puntuales de «grupos desestabilizadores» que amenazan el mapa geoestratégico de la comunicación-mundo.

En el actual contexto histórico, cinco supuestos enmarcan la reflexión del Pentágono sobre la propaganda en la nueva doctrina de seguridad pública:

1.º Las fronteras geopolíticas de las naciones han perdido importancia para los propósitos de la política de defensa.

2.º La noción de seguridad nacional comprende aspectos de la realidad que van más allá del campo estrictamente militar, al incluir ámbitos de la actividad social y pública como el intercambio comercial o la regulación jurídica.

3.º La tradicional distinción entre lo público y lo privado ha quedado abolida.

4.º Al observar el carácter aleatorio e incierto de toda política de defensa, la estrategia militar depende de la recolección y procesamiento de información y el desarrollo de formas organizativas adecuadas a la toma fundada de decisiones, apuntando así la necesidad de «ejércitos inteligentes».

5.º Toda estrategia de seguridad se apoya, por lo mismo, especialmente, en las infraestructuras telemáticas de información, configurando un sistema global de vigilancia (Braham, 1993: 36-43).

Según estos mismos lineamientos, la guerra del futuro es, en lo esencial, una guerra informativa, una guerra electrónica de control, procesamiento y difusión de información, en la cual la informática, los medios digitales y las formas de guerra psicológica, basadas en el manejo de la información y la propaganda, juegan un papel primordial. El factor tecnocomunicativo es hoy, de hecho, una referencia permanente tanto en las crecientes necesidades de movilidad y actuación rápida de las fuerzas aéreas y terrestres, como en la gestión de los datos de estrategia e intervención, la ramificación descentralizada de las fuerzas de contingencia, la coordinación operativa de las diferentes divisiones del ejército y, por supuesto, el control de los sistemas de información y decisión, concentrando el mando militar las acciones políticas, diplomáticas y civiles, a través de diversas formas de control de la opinión pública y de manipulación de la información de actualidad.

La base de esta nueva doctrina estadounidense de seguridad es la estrategia de Guerra de Baja Intensidad (GBI), diseñada en los ochenta durante la administración Reagan, y hoy de plena vigencia en la estrategia propagandística desarrollada en conflictos como el de Kosovo. En el presente artículo, se revisan los fundamentos doctrinales de esta nueva concepción informativa de la guerra y la extensión internacional de la doctrina de seguridad pública del Pentágono, así como el origen histórico —y político-ideológico— de la filosofía de la «guerra de la información» que respalda el (viejo y) Nuevo Orden Mundial.

LA POLÍTICA DE LAS MENTES Y LOS CORAZONES

Históricamente, la evolución a partir de la segunda mitad del siglo xx de las políticas de inteligencia y manipulación informativa en la intervención y prevención de conflictos bélicos ha estado marcada por tres acontecimientos determinantes:

- 1.º El fracaso norteamericano en Vietnam.
- 2.º La revolución conservadora y la liberalización de las comunicaciones en la década de los ochenta.
- 3.º Y, más recientemente, la guerra del Golfo Pérsico.

Si bien para comprender el Nuevo Orden Mundial sobre el que descansa el poder cultural estadounidense en el ámbito de las comunicaciones exigiría, según advierte Chomsky, una mirada retrospectiva sobre el mapa político surgido a partir especialmente de la segunda guerra mundial, y aún antes en relación a la fase de constitución, en los años treinta, del llamado «neocapitalismo informativo», el conocimiento y análisis del papel de los medios y las formas de propaganda en los actuales conflictos bélicos debe ser abordado, en relación al tema que nos ocupa, a partir de las «lecciones aprendidas» por Estados Unidos en la guerra de Vietnam, por ser este el principal punto de inflexión histórica en las políticas de información y propaganda. Los halcones del Pentágono identifican entonces tres frentes de batalla en la política de seguridad: el control político-informativo del Congreso, la orientación de la opinión pública y la actuación de los medios de comunicación social. Desde entonces, «ante la obstaculización de la opinión pública para librar una guerra convencional, los estrategas militares han delimitado su nuevo territorio con base en las amenazas que más preocupan al estadounidense promedio, al mismo tiempo que han prometido conducir una guerra indolora contra el nacionalismo revolucionario, utilizando un nuevo armamento y desplegando un nuevo fervor» (Barnet, 1990: 268).

En 1970, un comité selecto de la ultraderecha estadounidense redacta un informe para el Consejo de Seguridad Interamericana que servirá de marco de referencia para la política exterior durante la administración Reagan. El Documento de Santa Fe marca entonces una nueva era en la política estadounidense de defensa y seguridad nacional (Roitmann, 1989). Entre otras aportaciones significativas, el Documento de Santa Fe establece la guerra total y permanente como doctrina político-militar del Estado, articulando, bajo la falsa disyuntiva «democracia/comunismo», las actividades públicas y civiles con los objetivos militares de información y propaganda. En lo sucesivo, el campo de la confrontación ideológica y cultural será percibido por el Pentágono como un problema de conquista de las mentes y los corazones, borrando los límites estrictos de demarcación de lo militar, lo político y lo civil, en función de las necesidades de seguridad nacional, como un componente fundamental de la estrategia de guerra.

La tarea irremplazable entre los círculos conservadores de «reparar la imagen» de Estados Unidos, ante la opinión pública mundial, para restablecer la mermada autoridad internacional y la hegemonía político-ideológica en un contexto crecientemente adverso será abanderada por la administración Reagan, en la década de los ochenta, mediante la asunción de una nueva cultura mediática en el ámbito de la comunicación política y la propaganda, determinan-

te no sólo en el desarrollo futuro de los conflictos bélicos en diversos países de América Latina y Asia, sino también en la consolidación interna de un modelo de propaganda internacional eficaz y consistente:

«Al asumir Reagan la presidencia el 20 de enero de 1981, tenía perfectamente delineados los aspectos básicos de su futura actuación en los campos internacional e interior. Se proponía revertir los efectos del llamado síndrome de Vietnam y de los deshonrosos subproductos del escándalo Watergate; desarrollar una política agresiva de roll-back, esto es, de recuperación de espacios políticos, geográficos y estratégicos supuestamente perdidos por la débil y obsequiosa conducta de su antecesor James Carter; emprender un faraónico programa de armamentismo, superador de todos los ejemplos precedentes y, merced al dinamismo que cuantiosos presupuestos inyectarían en la alicaída economía, obtener el respaldo doméstico que sobrevendría de una prosperidad sin fisuras, para sustentar una diplomacia capaz de afrontar todos los desafíos» (Selser, 1988: 15).

Por medio del programa de diplomacia pública, que incluía el establecimiento de oficinas dependientes directamente del poder ejecutivo, como la Oficina de Diplomacia Pública del Departamento de Estado o el Grupo de Difusión de la Política de la Casa Blanca para Centroamérica, creadas para difundir los puntos de vista oficiales en los medios, el gobierno priorizó estratégicamente una política de desinformación y manipulación sistemática de la opinión pública, impulsando una poderosa industria de relaciones públicas y expertos analistas políticos, orientados por la tradicional ideología imperialista y los valores tradicionales del «modo de vida americano».

Reagan y el nuevo movimiento conservador norteamericano tenían muy claro que cualquier proceso de refundación de la hegemonía mundial estadounidense pasaba por una política de control y conformación del consenso público, que respaldara «unánimemente» las actuaciones gubernamentales. Luego en la nueva etapa histórica de dominio cultural e ideológico globalizado, el sistema de propaganda surgido de la segunda guerra mundial debía cumplir con las tareas encomendadas por las élites del *stablishment* político y empresarial de forma sistemática (Chomsky/Herman, 1990).

LA «FABRICACIÓN» DEL CONSENSO

El primer objetivo del nuevo gobierno republicano va a ser el desarrollo de una amplia campaña de relaciones públicas dirigida a cambiar la percepción pública estadounidense en la redefinición global de la doctrina de seguridad nacional. En palabras del expresidente de Rand Corporation, el mayor problema no era el Tercer Mundo sino Estados Unidos. Por ello, la nueva derecha construyó un discurso político paranoico y demagógico entre la opinión pública norteamericana sobre la supuesta amenaza del comunismo, el narcotráfico y el te-

rorismo internacional, que tan buenos resultados había proporcionado en otras épocas recientes de la historia de los Estados Unidos. Con este propósito, buena parte de los recursos de los departamentos de operaciones especiales se destinaría a la misión de persuadir al pueblo norteamericano de la supuesta amenaza comunista, para someter a la opinión pública, en la guerra de las ideas, con el fin de garantizar el posterior apoyo a la guerra de baja intensidad.

Los medios se vieron entonces poblados de numerosos expertos derechistas que se encargarían de analizar el panorama internacional y la seguridad interna de Estados Unidos defendiendo los puntos de vista oficiales, pagados por firmas comerciales o fundaciones de investigación ligadas entre sí por intereses mutuos con el Pentágono. «La guerra contra el *terrorismo* dio lugar a toda una industria casera de expertos derechistas, muchos de ellos con acceso directo al diseño de estrategias de la administración, que vinieron a proporcionar la parte intelectual que pondrá a la opinión pública en pie de guerra» (Miles, 1988: 32), radicalizando un discurso público ultramontano.

En el fragor de la campaña propagandística de acoso a las ideas liberales y al pluralismo ideológico en los medios, la administración Reagan había iniciado una caza de brujas interna en contra de la disidencia social. Las nuevas formas de «vigilancia electrónica» fueron incluso utilizadas por el gobierno como medio de domesticación de los movimientos sociales, desmantelando toda posible resistencia al proceso de reestructuración de la hegemonía político-militar estadounidense. Todo para el nuevo gobierno podía ser tildado como subversivo y, por extensión, también como errorista:

«Los círculos ultraconservadores lograron crear a principios de los años ochenta una atmósfera extremadamente asfixiante de chovinismo y patriotería e intolerancia ante cualquier opinión contraria. Esta campaña tomó tales dimensiones que, hasta aquellos escasos personajes del Congreso a quienes repugnaba esta conducta política, optaron por callar o dejar hacer a los demagogos ultraderechistas. Temían con razón verse convertidos en blanco de sus ataques manejados por organismos de fama reciente, como Moral Majority, American Enterprise Institute o la Heritage Foundation» (Selser, 1988: 102).

En este contexto, habría de originarse la nueva estrategia informativa y propagandística desarrollada por el complejo militar del Pentágono y la estrategia contrainsurgente de guerra de baja intensidad.

LA DOCTRINA DE LA GUERRA TOTAL Y PERMANENTE

Como parte de la estrategia de confrontación y guerra psicológica en la configuración de la hegemonía estadounidense y la estabilidad del Nuevo Orden Mundial, conformado históricamente como espacio de desarrollo y expansión de la transnacionalización económica, el Pentágono experimenta en Centroa-

mérica durante la década de los ochenta una nueva estrategia política incorporada a la doctrina militar y propagandística del Ejército. La nueva política de intervención en los países del Tercer Mundo se inicia en 1985 con el proyecto sobre la Guerra de Baja Intensidad. La doctrina de la seguridad nacional se transforma entonces en guerra total contrainsurgente y en lucha antiterrorista. Las Fuerzas de Operaciones Especiales, integradas por expertos en contrainsurgencia, se erigen entonces en la punta de lanza de las fuerzas de intervención en zonas de conflicto del Tercer Mundo.

En 1986, el Congreso norteamericano aprueba la Ley de Reorganización del Departamento de Defensa en apoyo de las operaciones de los Boinas Verdes y las tropas de asalto, con el respaldo de las campañas de desinformación y propaganda de la Agencia de Información (USIA) y el apoyo logístico de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID). La nueva estrategia contrainsurgente será concebida como una respuesta del ejército a la conciencia de la necesidad de una nueva doctrina, organización táctica y disposición de fuerzas, en el contexto de las diversas guerras irregulares generadas en la periferia del sistema internacional.

La estrategia bélica de la GBI nace entonces como estrategia político-militar de restauración de la hegemonía norteamericana en el Tercer Mundo, dirigida a frenar y revertir el avance de los movimientos populares mediante la aplicación global de diversas formas de intervención no convencionales.

Seis características fundamentales definirán esta nueva doctrina:

1.º La defensa de los regímenes e intereses económicos en los países aliados frente a levantamientos y movilizaciones masivas.

2.º La implementación de iniciativas sociales, políticas y económicas dirigidas a ganar las mentes y los corazones de la población en favor de los intereses norteamericanos.

3.º El despliegue de unidades y operativos especiales de élite adiestrados en la intervención en «acciones quirúrgicas» encubiertas.

4.º El recurso a una amplia gama de operativos militares según el contexto de intervención.

5.º El desarrollo y aplicación de las fuerzas de despliegue rápido, orientadas por el uso aplastante de la fuerza y la potencia de fuego.

6.º La dirección política y la guerra psicológica de legitimación de la aplicación intensiva de la fuerza militar a través de las campañas de información y propaganda, pensadas para modificar las actitudes y percepciones públicas de la población civil, mediante la persuasión de acuerdo con los objetivos y valores de orden y seguridad militar (Aguirre/Mathews, 1989).

A partir de la apreciación de la naturaleza distinta del nuevo escenario geopolítico en el panorama de las relaciones internacionales y de la conciencia de la necesidad de un nuevo enfoque operativo en la estrategia de intervención del Pentágono, Estados Unidos modifica con esta doctrina sustancialmente su cul-

tura militar intervencionista y hasta el marco estratégico de la política de expansión de sus intereses económicos en virtud de una concepción de la guerra total y prolongada, basada en los medios y las políticas de propaganda de las industrias culturales. Desde entonces, la doctrina político-militar ha asimilado como propia una concepción de la seguridad internacional basada en el cuestionamiento del concepto de soberanía, de los límites y fronteras regionales y hasta incluso de los márgenes de definición de la guerra y la paz.

La noción de «desarrollo progresivo» ilustra de forma clarividente la nueva concepción de la guerra en nuestro tiempo como un proceso gradual de intervención conforme a la intensidad e importancia de la escalada bélica. Se trata, en fin, de un significativo cambio de una estrategia de despliegue (concepción distributiva de la guerra) a una visión proyectiva de los ejércitos y la estrategia militar, siendo lógicamente la información (el espacio de los medios y tecnologías informativas) el principal instrumento de intervención, y la guerra una estrategia de vencimiento por el con-vencimiento, una guerra mediática y de propaganda que, desde el conflicto del Golfo Pérsico, viene legitimando la actuación de un discurso y una política informativa regida por el principio absoluto de la seguridad pública.

A diferencia de la doctrina clásica de seguridad nacional, hoy la extensión de la estrategia de GBI como filosofía de la guerra de la información presupone la realización, hasta sus últimas consecuencias, de una cultura mediática de videovigilancia global, en la que la seguridad es consagrada como principio rector de la vida pública. Si la guerra y la paz no son situaciones claramente discernibles ni diametralmente opuestas, sino componentes de un mismo proceso a escala de gestión de un orden mundial precario y acechado por nuevos conflictos internacionales, las turbulencias y desórdenes globales de una geopolítica del caos legitimaría como necesaria una estrategia de guerra total y permanente en la que se relacione adecuadamente la aplicación de la fuerza con los resultados políticos deseados, recurriendo de forma combinada a los medios y las técnicas de desinformación y propaganda como soportes fundamentales en la actuación de los ejércitos.

GUERRA VIRTUAL

Un concepto funcional estratégico en esta visión de las nuevas formas de guerra psicológica es la noción de guerra virtual. La guerra informacional es teorizada por el Pentágono como una «no guerra» en la medida que la legitimidad de la intervención armada entre la opinión pública y las instituciones políticas nacionales e internacionales es inversamente proporcional al número de muertos. En efecto, «en esta época de transmisiones en vivo mediante la *CNN*, el público estadounidense manifiesta muy poca tolerancia a las bajas. Ante el relativamente poco apoyo popular que inicialmente recibió la liberación armada de Kuwait, es difícil creer que el pueblo estadounidense acepte la pérdida de mu-

chas bajas en cualquier conflicto futuro» (Metz, 1994: 78). La «guerra quirúrgica» es pues una condición de la nueva conciencia bélica que, en coherencia con el discurso científico, cibernético y racionalista de Occidente, es respaldado por una vaga e interesada noción instrumental de progreso, común a la filosofía de la comunicación que instituye la acción de los medios.

La concepción de limpieza bélica es, paradójicamente, coincidente, en este punto, con la redundante noción de limpieza étnica con la que se tematizan conflictos como el de Kosovo en los relatos periodísticos ficcionalizados por la cultura del espectáculo que gobierna la puesta en escena audiovisual. El reinado de la televisión favorece, de este modo, la representación de la guerra como un simulacro y, en consecuencia, su aceptación complaciente entre los telespectadores.

El futuro de la guerra electrónica es la intervención en tiempo real y la supresión de las transmisiones televisivas de las fuerzas enemigas modificando imágenes, situaciones y escenarios audiovisuales, incluso con proyecciones holográficas, para hacer visualizables los efectos del conflicto. La realidad virtual constituye, en este sentido, un elemento de formación y adiestramiento individual y colectivo, así como de instrucción para el liderazgo y puesta en escena de la guerra. La idea de ejército inteligente descansa precisamente en este concepto proyectivo de las nuevas tecnologías de la información.

La simulación tridimensional del teatro de operaciones y la unificación del mando del ejército como sistema de información y acción tecnológica anticipa así una concepción tecnocomunicacional y una morfología del cuerpo militar completamente distinta.

EJÉRCITO-RED

La instauración de un nuevo sistema hegemónico de «dominación espectacular» ha supuesto una transformación social tan profunda que, lógicamente, también ha cambiado el arte del gobierno y de la guerra. Si Clausewitz hizo célebre la distinción entre táctica, como empleo de la fuerza en combate para alcanzar la victoria, y estrategia, como el empleo de las victorias a fin de alcanzar los objetivos de la guerra, hoy la solución de continuidad entre una y otra es prácticamente indiscernible en la definición de la escalada de intensidad, baja o alta, de los conflictos, al punto que toda la vida social aparece como un problema de seguridad pública, sujeto a la táctica y a la estrategia militar, en una concepción de la guerra, representada por los medios, total y prolongada.

En la era tardomoderna de la sociedad-red, el particular desarrollo que la economía de nuestra época ha definido impone en todas partes la formación de nuevos vínculos personales de dependencia y protección:

«En todas partes se observa la formación de redes de influencias y de sociedades secretas, porque así lo exigen imperiosamente las nuevas condiciones de una gestión lucrativa de los negocios, desde el momento en que el

Estado juega un papel hegemónico en la orientación de la producción y que la demanda de toda mercancía depende estrictamente de la centralización alcanzada por la información-incitación espectacular, a la cual tienen que adaptarse también las formas de distribución» (Debord, 1999: 82).

El sistema de dominación espectacular, tal y como ha sido definido por Guy Debord, opera concentrada y descentralizadamente: por un lado, obedece a un proceso de expansión hacia los extremos, hacia todos los lados y «tiempos sociales» (de ahí que la temporalidad discontinua, simultánea y diversa de la experiencia cultural, lejos de ser emancipadora, como aseguran algunos teóricos de los estudios culturales, en realidad responde a una misma lógica de «sincronización espectacular difusa»), al tiempo que, por otra parte, se refuerza la densidad de control centralizado. Estamos, pues, ante un modelo «espectacular integrado» que «se manifiesta a la vez como concentrado y difuso:

«En cuanto al lado concentrado, el centro dirigente ha pasado a estar oculto: no lo ocupa ya nunca un jefe conocido ni una ideología clara. Y en cuanto al lado difuso, la influencia espectacular jamás había marcado hasta tal extremo la casi totalidad de las conductas y de los objetos que se producen socialmente» (Debord, 1999: 21).

El concepto rector de la sociedad informacional popularizado por Manuel Castells, es, de este modo, la metacategoría directriz con la que se piensa y organiza el ejército de la comunicación-mundo. En la política de redefinición de la doctrina militar por el Departamento de Estado norteamericano, la seguridad de los sistemas de información y las redes telemáticas es la base de articulación de las estrategias militares. «Las fuerzas conjuntas; las coaliciones, a veces ad hoc; las operaciones entre agencias; las reglas precisas de combate, ejecutadas bajo la mirilla de los medios de comunicación mundial casi instantáneas; tal vez percepciones erróneas respecto a las bajas; la reducción de tiempo entre la crisis observada y el desplazamiento de las tropas, al igual que entre el momento de llegada al país y el cumplimiento de la misión, todo lo que contribuye a que el uso de la fuerza militar sea único» son indicativas de las nuevas y diversas formas de intervención militar que justifican una estrategia flexible en la ambigua definición del enemigo (Dubik/Sullivan, 1995). La noción «red» se asocia, en este punto, informacionalmente, a la concepción del sistema mundial como un espacio caótico, amenazado por múltiples desestabilizaciones, conflictos locales, fisuras, desórdenes y terrorismos varios.

La noción de Ejército-red nace vinculado a una concepción informacional de la guerra como «guerra civil preventiva» pensada para la anticipación calculada de previsible puntos de intervención conforme a lo que Debord denomina «lo espectacular integrado»:

«Esa fuerza de vigilancia e intervención se ve llevada precisamente por las necesidades presentes que condicionan su empleo a adentrarse en el terre-

no mismo de la amenaza para combatirla por adelantado. Por ese motivo, la vigilancia tiene interés en organizar ella misma unos polos de negación a los que informará al margen de los medios desacreditados del espectáculo, esta vez a fin de influir no ya en los terroristas, sino en las teorías (Debord, 1999: 97).

Los tanques del pensamiento norteamericano identifican como amenazas de la comunicación-mundo:

- La pobreza y el subdesarrollo económico en el Tercer Mundo.
- Los desastres ecológicos.
- El nacionalismo.
- El fundamentalismo religioso.
- Las agresiones contra fronteras internacionales de «Estados reaccionarios» (Irak, Irán o Corea del Norte, por ejemplo).
- La proliferación de armas de destrucción masiva y sistemas balísticos avanzados.
- Y las guerras y conflictos civiles por razones étnicas, religiosas o territoriales.

La infosfera mediada por los sistemas de información periodística, y los circuitos de producción y almacenamiento electrónicos, es descrita por la nueva doctrina militar del Pentágono como un escenario paradójico y complejo, un espacio azaroso e incierto, amenazado por múltiples conflictos locales y diversos e imprevisibles factores en el campo de la economía, la sociedad civil y la cultura. Así, frente a una cultura militar distributiva, operativamente mecanizada y de intervención masiva, la organización bélica de la sociedad-red establece un modelo de organización descentralizado, fluído, dinámico y virtual. La reestructuración de los ejércitos en función de un modelo organizativo reticular, glocal y desterritorializado, se erige en premisa ideal de la política de desarrollo militar en el nuevo milenio.

En este contexto prefigurado, la nueva estrategia estadounidense de seguridad nacional comprende el desarrollo de un proceso de apertura (free flow information) y de control continuado y flexible (televigilancia) frente a la habitual doctrina de contención de la época de la Guerra Fría. El objetivo político-militar del Pentágono es el dominio de las redes de información para el gobierno del mundo y, en consecuencia, la implantación de un sistema de vigilancia total y permanente. La arquitectura del sistema mundial de poder en torno al complejo tecnocomunicacional de los medios descansa en una concepción estratégica y operativa basada en la industria electrónica.

Desde finales de los años ochenta, la multiplicación y flexibilidad de las redes informáticas como parte de la estructura básica de organización militar ha multiplicado los sistemas de seguridad y las técnicas de registro criptográfico para el control centralizado de la información considerada sensible. Como se-

ñala Herbert Schiller, citando fuentes oficiales, si la supremacía nuclear era la condición sine qua non para dirigir las condiciones de antaño, hoy el sistema de distribución de poder se concentra en los sistemas de información:

«Para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en la era de la información ha de ser el de ganar la batalla de los flujos de la información mundial, dominando las ondas, al igual que Gran Bretaña dominó una vez en los mares (...) A Estados Unidos le interesa económica y políticamente velar por que, si el mundo adopta una lengua común, ésta sea el inglés; que, si ese mundo se orienta hacia normas comunes en materia de telecomunicaciones, de seguridad y de calidad, estas normas sean armoniosas; que, si sus diferentes partes están interrelacionadas por la televisión, la radio y la música, los programas sean americanos; y que, si se elaboran valores comunes, se trata de valores en los cuales se reconozcan los norteamericanos» (Schiller, 1998: 18).

La noción de red y los procesos sociales articulados en torno a los flujos de información son la base del pensamiento administrativo que propone la organización de nuevas formas de producción, consumo, socialización, expresión cultural y, por supuesto, de organización de la guerra, bajo la filosofía y el liderazgo de los Estados Unidos. De este modo la nueva retórica de la guerra se apoya en una lectura sistémica de la globalización, inspirada en el principio de incertidumbre, en las nociones básicas de las teorías del caos y de las catástrofes, como marco de legitimación y actuación de la política bélica mundial.

EJÉRCITO INTELIGENTE

En este nuevo modelo de guerra informacional, «el secreto generalizado está detrás del espectáculo como complemento decisivo de lo que muestra y, si vamos al fondo de las cosas, como su operación más importante» (Debord, 1999: 24):

«El secreto domina este mundo, y ante todo como secreto de la dominación. Según el espectáculo, el secreto no es más que una necesaria excepción a la regla de la información abundante que se ofrece en toda la superficie de la sociedad, lo mismo que la dominación se habría reducido, en este mundo libre de lo espectacular integrado, a no ser más que un departamento ejecutivo al servicio de la democracia» (Debord, 1999: 72).

Para todo servicio de inteligencia el saber, en palabras de Debord, debe convertirse en poder, de acuerdo en este punto con la acertada teoría clausewitziana de la guerra:

«Desde las redes de promoción y control se pasa sin solución de continuidad a las redes de vigilancia y desinformación. En otros tiempos sólo se conspiraba en contra de un orden establecido. Hoy en día, un nuevo oficio

en auge es conspirar a su favor. Bajo la dominación espectacular se conspira para mantenerla y para asegurar lo que sólo ella misma puede llamar su buena marcha. Esa conspiración forma parte de su propio funcionamiento» (Debord, 1999: 86).

Como parte fundamental del proceso de globalización, los sistemas de vigilancia y control planetario con sede en Fort Meade tejen hoy mundialmente un dispositivo de espionaje y gestión informativa al servicio de los intereses geoestratégicos estadounidenses según una nueva doctrina de seguridad nacional que el servicio de información americano, integrado por un amplio cuerpo de funcionarios (linguistas, informáticos, relaciones públicas, analistas de sistemas, expertos en flujos de datos, etc.), coordina cubriendo todo el área y formas de contraespionaje imaginables.

La National Security Agency (NSA) es la agencia responsable de la protección, desarrollo y control de las comunicaciones militares y administrativas, el desarrollo de las tecnologías de la información, la seguridad de las redes informáticas, el espionaje vía satélite y hasta la coordinación de la guerra en el espacio:

«La agencia es el mascarón de proa de un pacto de recogida de información entre los Estados Unidos y los servicios de información de Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (...) Sus atribuciones han ido aumentando en poder a partir de las décadas 70 y 80 cuando se puso en marcha la red Echelon. En todo el mundo, todas las comunicaciones por correo electrónico, teléfono y fax son regularmente interceptadas por Echelon, cuyos ordenadores extraen de la masa de informaciones los mensajes que contienen palabras-clave sensibles» (Rivière, 1999: 28).

Esta red de espionaje y los servicios de información para interceptar las señales de comunicaciones importantes para la seguridad nacional amplían así el poder de influencia de los sistemas de seguridad estadounidenses en el control de las comunicaciones telefónicas y ciberespaciales privadas.

GUERRA EN TIEMPO REAL

La guerra en tiempo real, basada en la gestión de los procesos de explotación informativa a través de las redes telemáticas, no sólo ha promovido el desarrollo de Internet y mucho antes las plataformas espaciales de satélites de teledetección y vigilancia global de los escenarios geoestratégicos, sino, más allá aún, incluso la asimilación de una cultura bélica de la comunicación totalitaria y omnipresente. La guerra en tiempo real se ha extendido a la concepción de los sistemas informativos como medios de vigilancia permanente en la interceptación, transmisión y control de las comunicaciones civiles. «Esto explica la urgencia de superar la antigua perspectiva del espacio real desde el punto

de vista de la fuga, en beneficio de la puesta en marcha a escala global de una perspectiva en tiempo real, de la fuga instantánea de todos los puntos, los pixels de la imaginería digitalizada» (Virilio, 1998: 4).

La condición funcional de la nueva doctrina bélica de la guerra informacional es la realización en directo de la guerra, la organización desinformativa del acontecimiento, de los «eventos mediáticos», manipulando lo que está pasando, lo que pasó y el conocimiento sobre las consecuencias derivadas del conflicto.

En la nueva concepción militar de la comunicación colectiva, «el primer designio de la dominación espectacular es hacer desaparecer el conocimiento histórico»:

«Cuando lo importante se hace reconocer socialmente como lo que es instantáneo y lo seguirá siendo al instante siguiente, que es otro y el mismo, y que reemplazará cada vez a otra importancia instantánea, entonces cabe decir también que el medio utilizado garantiza una especie de eternidad a esa insignificancia que grita tanto» (Debord, 1999: 27).

Por ello, la desrealización de la experiencia histórica es hoy uno de los factores estratégicos de la cultura mediática instrumentada por la política de desinformación militar. La transmisión en tiempo real de los episodios de conflictos como el de Kosovo significa, en fin, la abolición pública de la historia, la administración y anulación de la dialéctica de los «acontecimientos sociales» por la sobresaturación de relatos hiperrealistas, datos irrelevantes, explicaciones especializadas y noticias difícilmente verificables.

Durante la guerra del Golfo, la preocupación por la duración del conflicto hacía manifiesto, como en la guerra de Kosovo, el principio de la nueva doctrina militar del Pentágono, según el cual el éxito de la guerra depende de la capacidad de control de la opinión pública y de dominio en la intensidad y orientación temática de las noticias a cargo de la cobertura informativa por los medios, en la que se privilegiaba el objetivo de mostrar el acontecimiento inmediatamente, ocultando el proceso de hipermediatización para movilizar internacionalmente a la ciudadanía en favor de la estrategia de agresión y la solución bélica a los conflictos:

«La capacidad para controlar la velocidad, especialmente en la informática y los espacios inmateriales, se ha hecho primordial. El considerable desarrollo de medios nacionales de información y su orientación hacia nuevos riesgos, confiere a Estados Unidos una forma de liderazgo de los países industrializados. Estas opciones diseñan una estrategia que no permite evitar sistemáticamente los enfrentamientos violentos y la gestión del combate, pero que favorece la selección de empresas, la economía en vidas humanas y una gestión más flexible de los conflictos que hay que justificar ante una opinión pública y unos responsables políticos cada vez más informados» (Najman, 1998: 4).

Las cámaras digitales incorporadas en los cascos de los marines norteamericanos que cubrieron en directo la guerra de Haití o la ocupación de Somalia son, en este sentido, un pálido reflejo del «grifo de imágenes administradas» según la lógica bélica de la nueva guerra informacional. Especialmente desde la guerra del Golfo Pérsico, la guerra televisiva es una guerra ficcionalizada, una guerra «high tech», de información-espectáculo en directo.

La idea de la guerra en tiempo real es en este punto complementaria y plenamente funcional a la narrativa audiovisual, mostrando la historia mientras se hace, bajo el manto y la retórica populista del infoentretenimiento, remedo del mercado y del discurso del pensamiento único. Como apunta Norman Birnbaum, «no hay debate nacional sobre el papel de Estados Unidos en el mundo. Aunque tampoco lo hay sobre los contornos de la sociedad estadounidense. Estas carencias generales tienen un denominador común, la despolitización generalizada de una nación que, sorprendentemente, todavía se considera un modelo de democracia»:

«La destrucción de las alternativas políticas es también una consecuencia de la mala educación sistemática propagada por los medios de comunicación. El frenético mosaico de imágenes que nos avasallan últimamente denota el nacimiento de una nueva formación histórica: el Estado nacional del espectáculo. Las fronteras entre el conocimiento y la ignorancia, las ideas serias y la ficción ridícula se han desvanecido» (Birnbaum, 1998: 15).

Como también se borran y vuelven imprecisos los límites de la guerra y la paz, de la fuerza militar y de seguridad pública o la táctica y la estrategia militar, entre el momento de la planeación y el momento de la intervención. «Al utilizar más información, con mayor rapidez; al acelerar el proceso de toma de decisiones; al tomar acciones en lugares más distantes, en menos tiempo y bajo condiciones más diversas, orquestando los sistemas de maniobra y fuego de todos los servicios; y creando y manteniendo la cohesión entre unidades más dispersas —todo bajo la cuidadosa supervisión de la cobertura por parte de medios de comunicación casi instantánea— los líderes del Ejército de Estados Unidos de la era de la información pensarán de una manera diferente a los de la era industrial»:

«Los ejércitos de la era de la información conocerán la ubicación de sus propias fuerzas con mayor precisión que antes, a la vez que podrán impedir que el enemigo tenga acceso a esta información. Por último, esta información amiga y enemiga se distribuirá entre las fuerzas terrestres, marítimas, aéreas y espaciales con el fin de crear una percepción común del campo de batalla entre las comandantes y estados mayores de los ejércitos de la era de la información. Este conocimiento compartido de la situación, complementado con la agilidad para conducir operaciones continuas diurnas y nocturnas, es lo que les permitirá a los ejércitos en la era de la información observar, decidir y actuar con mayor rapidez, más precisión y mayor decisión que sus enemigos. La velocidad y la precisión se están tornando en los requisitos predominantes en el campo de batalla» (Sullivan/Dubik, 1995: 37).

Optimizar la velocidad y calidad del procesamiento de información, así como los sistemas de inteligencia y toma de decisiones constituyen en este punto principios de consolidación de la nueva estrategia de operatividad y táctica bélica, siendo la tecnología inteligente (y sus modalidades de vínculo social y político, de liga y estructuración organizativa a ella asociadas) el eje articulador de la guerra informacional, cuya estrategia globalizadora comprende incluso la conversión de los derechos humanos en arma de guerra y las actividades de cooperación en medio disuasorio y eficazmente persuasivo de la nueva guerra psicológica.

La asistencia e intervención por motivos humanitarios constituye un nuevo eje revitalizado en la doctrina de la guerra informacional, como argumento legitimador en la retórica propagandística de este final de milenio. La guerra humanitaria de Kosovo, bajo la coartada de combatir el genocidio, o en otros casos la asistencia frente a catástrofes provocadas por hambrunas y desastres naturales teje en el discurso mediático una inversión paradójica de las misiones de paz bajo liderazgo de los marines estadounidenses, por la que subsumir el poder y la iniciativa civil bajo el control del mando militar como un instrumento más de la guerra psicológica. En las nuevas formas de intervención, el Pentágono contempla de nuevo el recurso a los cuerpos paz, tan conocidos en las estrategias de información y contrainsurgencia aplicados en Latinoamérica desde la década de los sesenta, ante situaciones de violencia masiva contra poblaciones, actos de terrorismo o subversión. De hecho, durante por ejemplo la administración Clinton se han venido impulsando agresivas operaciones de «pacificación» en lo que el presidente norteamericano y la Casa Blanca han dado en llamar la «segunda generación de operaciones de paz».

Las actividades de las ONG's, de organismos internacionales como la Cruz Roja, y por supuestos organismos como los cuerpos de paz de las Naciones Unidas son actualmente utilizadas como soporte de la guerra psicológica, la inteligencia militar y la difusión de la propaganda legitimadora de las guerras humanitarias en nuestro tiempo. El análisis de su tratamiento y función propagandística en los medios constituye pues parte esencial de la nueva doctrina político-militar del Pentágono.

En la era de la sociedad de la información, la guerra se ha convertido, paradójicamente, en una forma de proclamación propagandística de la defensa de los derechos humanos: urbi et orbi. . . como la globalización.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, M., y MATHEWS, R. (1989): *Guerras de baja intensidad*, Madrid: Fundamentos.
- ALEXANDRE, L. (1988): *The Voice of America: from latente to the Reagan doctrine*, Norwood: Ablex.

- BARNET, R. (1990): «Los costos y peligros de la intervención», en Michael Klare y Peter Kornbluch (Coords.): *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*, México: CNCA/Grijalbo.
- BARNETT, F., y LORD, C. (Eds.) (1989): *Political Warfare and Psychological Operations. Rethinking US Approach*, Washington: National Defense University Press.
- BENNETT, W. L., y PALETZ, D. L. (Eds.) (1994): *Taken by storm: the media, public opinion, and US foreign policy in the Gulf War*, Chicago: University of Chicago Press.
- BIRNBAUM, N. (1998): «¿Superpotencia o manicomio?», en *El País*, sábado 19 de diciembre.
- BOGART, L. (1995): *Cool Words, cold war. A new look at USIA's Premisa for propaganda*, Washington: The American University Press.
- BREHAM, Sandra (1993): «Global surveillance, media policies and civil liberty», en *Media Development*, vol. XL, WACC.
- BOUTROS-GHALI (1992): *An Agenda for Peace: Preventive Diplomacy. Peacekeeping*, Nueva York: ONU.
- BROWN, S. (1996): «PSYOP in Operation Uphold Democracy», en *Military Review*, septiembre-octubre.
- CHOMSKY, N. (1996): *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Barcelona: Crítica.
- CHOMSKY, N. (1992): *Ilusiones necesarias. Control del pensamiento en las sociedades democráticas*, Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- CHOMSKY, N., y HERMAN, E. (1990): *Los guardianes de la libertad*, Barcelona: Crítica.
- DEBORD, Guy (1999): *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona: Anagrama.
- DREW, E. (1981): *Portrait of an Election: The 1980 Presidential Campaign*, Nueva York: Simon and Schuster.
- ELIASCHEV, J. R. (1981): *Reagan, USA, los años ochenta*, México: Folios Ediciones.
- EUDES, Y. (1984): *La colonización de las conciencias. Las centrales USA de exportación cultural*, México: Gustavo Gili.
- LORD, C. (Ed.) (1988): *The Presidency and the Management of National Security*, Nueva York: Free Press.
- McLAURIN, R. D. (Ed.) (1982): *Military Propaganda. Psychological Warfare and Operations*, Nueva York: Praeger.
- MEZT, S. (1994): «Previendo el futuro: el Ejército y los conflictos en países anárquicos», en *Military Review*, septiembre-octubre.
- MILES, S. (1988): *La verdadera guerra: un conflicto de baja intensidad*, México: CLEE.
- NAJMAN, M. (1998): «Estados Unidos prepara las armas del siglo XXI», en *Le Monde Diplomatique*, nº28, Año III, febrero.
- NIXON, R. (1985): *No más Vietnams*, Barcelona: Planeta.
- QUIRÓS, F. (1998): *Estructura internacional de la información*, Madrid: Síntesis.
- RIVIÈRE, P. (1999): «Tendencias policiales en el ciberespacio. Todos los europeos bajo escuchas», en *Le Monde Diplomatique*, marzo.
- ROTHKOPF, D. (1997): «In Fraise of Cultural Imperialism», en *Foreign Policy*, n.º 167, Washington.
- ROITMANN, M. (1989): «El Documento de Santa Fe en el contexto de la política de los Estados Unidos», en *Revista Contrarios*, número 2, Madrid.

- SCHILLER, H. I. (1998): «El dominio de las redes electrónicas mundiales», en *Le Monde Diplomatique*, agosto/septiembre.
- SELSER, G. (1988): *El Documento de Santa Fe, Reagan y los Derechos Humanos*, México: Alpa Corral.
- SELSER, G. (1982): *Reagan entre El Salvador y Las Malvinas*, México: Mex-Sur.
- SIERRA, F. (1997): *Comunicación e insurgencia. La información y la propaganda en la guerra de Chiapas*, Gipuzkoa: Iru.
- SMITH, P. A. (Ed.) (1989): *On Political War*, Washington: National Defense University Press.
- SULLIVAN, G., y DUBIK, J. M. (1995): «Cómo se librará la guerra en la Era de la Información», en *Military Review*, mayo-junio.
- TAYLOR, P. M. (1998): *War and the media. Propaganda and persuasion in the Gulf War*, Nueva York: Manchester University Press.
- VIRILIO, P. (1998): «La proliferación audiovisual», en *Le Monde Diplomatique*, marzo.
- WEINBERGER, C., y SCHWEIZER, P. (1997): *The Next War*, Nueva York: Regnery Publishing.
- WOLFSFELD, G. (1999): *Media and the political conflict. News from the Middle East*, Cambridge: Cambridge University Press.
- WOLTON, D. (1992): *War game. La información y la guerra*, México: Siglo XXI.